

LAS SOMBRAS ARBITRARIAS

MYRIAM JIMENO E ISMAEL ROLDÁN,

EDITORIAL UNIVERSIDAD NACIONAL, BOGOTÁ, 1997

A mediados de la década de los 90, buena parte de los auditórios y protagonistas de la llamada "violentología" empezaron a tener la percepción de que se había llegado a una calle ciega. Por una parte, el objeto, los métodos y los resultados de los estudios sobre violencia en Colombia habían comenzado a descubrir sus límites. Por otra, cada vez más se evidenciaba una fuerte tensión sicológica frente a un tema con el que de alguna manera había que tomar distancias para hacerlo académicamente enunciabile, pero cuya materia prima inmediata eran los asesinados, los masacrados, los torturados y los heridos. El conflicto entre el lenguaje de la abstracción y la realidad inmediata del dolor humano irreducible puede producir un enorme cansancio. Contar (sea en la acepción estadística, sea en la narrativa) tantos cadáveres es labor ingrata para alguien dotado de una mínima sensibilidad. La fatiga forense llevó a muchos investigadores y periodistas a buscar nuevos horizontes de reflexión y difusión. Agreguemos que las diversas generaciones y modalidades de violentología

habían aparecido en medio de expectativas –alimentadas o no por sus cultores– de "interpretar el pasado para cambiar el futuro". Es difícil imaginar una esperanza más legítima que la de que haya alguna relación, no necesariamente lineal, entre comprensión y solución para un tema que involucra no sólo a la fría racionalidad sino a los sentidos más básicos de lo moral y lo humano. Pero tales expectativas estaban expuestas a un doble ataque. Desde el frente técnico, se podía argumentar que la violentología no había solucionado mucho y que, por el contrario, su florecimiento se había dado en paralelo con el de su objeto de estudio. ¿Qué clase de disciplina es ésta, que no resuelve ningún problema ni ayuda a trazar políticas? Desde el frente de la reflexión crítica, se criticaba abandonando así la crítica a la sociedad realmente existente.

Estas tensiones han resultado a la larga ser más creativas que destructivas. Han ayudado a ramificar, potenciar y enriquecer los estudios. La falta de tono muscular y de capacidad de innovación fueron parciales

y no duraron mucho. Hoy nos encontramos con un creciente fraccionamiento, un tono polémico y una diversidad de conclusiones que constituyen los mejores indicadores de vitalidad. Probablemente sea ya imposible dar cuenta de "toda la violentología" que se produce en el país. De hecho, quizás tal esfuerzo sea inútil. En la medida en que parecería que gran parte de la investigación social en Colombia está condenada a relacionarse así sea oblicuamente con la violencia (escribe sobre democracia y terminarás encontrándote con ella; habla sobre fútbol y te pasará lo mismo), ésta va adquiriendo un carácter proteico e inasible y, por consiguiente, muy difícil de delimitar. Todo lo anterior favorece una creciente y positiva especialización: guerrillerólogos, pazólogos, impunólogos, ejercitólogos, urbanólogos... La otra cara de la moneda es que la *compartimentación* –para usar un término caro a las sagas revolucionarias de los 60 y los 70– no es una buena alternativa. Lo ideal sería tener muchas perspectivas diciendo cosas distintas, a

veces contradictorias, pero dialogando entre ellas, así fuera ocasionalmente. Que esto no es fácil lo demuestran procesos como el del *Journal of Conflict Resolution*, una revista de punta pero que reconocidamente no ha logrado uno de sus objetivos fundacionales: establecer puentes entre las diferentes disciplinas y subdisciplinas a las que da albergue.

En este contexto, resalta la validez de *Las sombras arbitrarias* de Jimeno y Roldán, que podríamos clasificar bajo el rubro de "violencia urbana". El libro tiene cuatro grandes puntos fuertes. En primer lugar, desde la antropología y la sicología, apoyados en testimonios, estadísticas e interpretaciones. Se oye hablar a la víctima, pero también se invoca la cifra y la voz de la institución. El "terminado" de la presentación de los datos es impecable. Y este corpus de datos de diversa naturaleza se evalúa sistemáticamente desde muchos ángulos, con sensatez y rigor. Lo que resulta en la segunda gran virtud del texto es que en él se derrumban, total o parcialmente, varios mitos que circulan entre publicistas y académicos sobre la violencia colombiana. Tales mitos se repiten con pasmoso aplomo (la proclividad de todos los colombianos a la violencia; su indiferencia ante la muerte; la relación lineal entre maltrato

familiar vivido y propensión a la violencia, para nombrar sólo algunos) y poca sustentación. De hecho, a la luz de los datos de Jimeno y Roldán poco de este tipo de afirmaciones queda en pie y, si algo ha de reprocharse al libro a este respecto, es que a veces deja la obra de demolición a mitad de camino. En tercer lugar, desarrolla tesis que, a mi juicio, tienen un enorme valor para reflexionar sobre la naturaleza de la violencia colombiana. La principal, reflejada en ese título un poco tremendista, tiene que ver con el enorme papel de la arbitrariedad y de la falta de claridad en las reglas de juego en la generación de hechos violentos. Si esto es cierto, por lo menos una parte importante de nuestras violencias está anclada en un polo socio-cognitivo y demanda también una explicación desde ahí. La ligazón de antropología y sicología, y de lo socio-cultural con los procesos de conocimiento se establece a partir de autores como Bateson. Quizás mi cercanía a esta vía de explicación anule el valor del comentario entusiasta, pero en todo caso Jimeno y Roldán exponen el argumento de manera tremadamente sistemática, poderosa y convincente. En cuarto lugar, el libro es un oasis en su estilo analítico y reposado. La violencia urbana se ha visto tratada, a veces maltratada, por una

perspectiva excesivamente testimonial. No tengo nada contra este tipo de trabajos, algunos de los cuales, de hecho, son de gran factura. Pero la tendencia evidente a demandar sólo testimonios y adrenalina, historias fuertes y truculentas de Victorinos pintorescos, es un síntoma de pereza mental y de deseo de folclorizar la muerte. *Las sombras* tiene por cierto interesantes testimonios, pero con un valor agregado de reflexión. Nos recuerda que hay otras formas de escribir y de hacer las cosas: lección sencilla pero que hay que tener siempre fresca.

Las sombras arbitrarias es también un libro sobre Bogotá. Pero el énfasis en cierto tipo de hechos violentos a costa de otros posiblemente introduzca una distorsión importante. Al fin y al cabo, en Bogotá hay pandillas, milicias, combos de limpieza social, grupos de delincuentes, que no están cubiertos por *Las sombras*. Se pregunta uno si la relativa ausencia de las organizaciones rebeldes y/o criminales que, por ejemplo, tendrían gran visibilidad en Medellín, es casual, es producto de la metodología (basada en una muestra de pacientes hospitalarios de estratos bajos) o resulta de un interés exclusivo por la llamada "violencia difusa" en desmedro de la política o delincuencial. La respuesta parece residir en una combinación de las dos últimas explicaciones. Pero es posible que el "difuso-

centrismo" no haya sido una opción muy afortunada. Las otras violencias, de hecho, hubieran proporcionado una rica cantera de hechos y perspectivas para fortalecer y enriquecer la columna vertebral argumentativa del libro. El tema de la arbitrariedad también atraviesa la conformación de los actores violentos colectivos (pandillas, milicias) que en *Las*

sombras apenas sí tienen cabida. En cuanto al contenido teórico del texto, desde todo punto de vista notable, deja algunos de sus atisbos en la pura enunciación, lo que es una verdadera lástima. Un buen ejemplo son los "motivos batesonianos" que aparecen aquí y allá, pero que nunca son desarrollados a profundidad.

Este es un libro bien importante, que vale la pena leer, subrayar e interrogar.

FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN, antropólogo y político, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales